El pensamiento vivo de María Zambrano

The living thought of Maria Zambrano

Mercedes Gómez Blesa
Catedrática de Filosofía
Fundación María Zambrano/IES Mariano Quintanilla (Segovia)
merblesa@gmail.com

Resumen

Uno de los objetivos esenciales de este artículo es resaltar la vigencia y la actualidad del pensamiento de Zambrano, al igual que señalar la importancia que tuvo para su filosofía la experiencia del exilio, pues determinó el hallazgo de una nueva figura de razón, la razón poética, que solo fructificó tras el proceso de desasimiento y nadificación que experimentó la autora a lo largo de cuarenta y cinco años de exilio. Por otro lado, brindaremos las claves principales para conocer su pensamiento.

Palabras claves: exilio, razón poética, conocimiento poético, filosofía española, mujer y pensamiento.

Abstract:

One of the essential objectives of this article is to highlight the validity and timeliness of Zambrano's thought, as well as to point out the importance for his philosophy of the experience of exile, since it determined the discovery of a new figure of reason, the poetic reason, which only came to fruition after the process of disintegration and nadification that the author experienced during forty-five years of exile. On the other hand, we will provide the main keys to know your thinking.

Keywords: exile, poetic reason, poetic knowledge, Spanish philosophy, woman and thought.

ISSN 2531-159X

1. EL REGRESO

El 20 de noviembre de 1984 aterrizaba en Barajas María Zambrano después de cuarenta y cinco años de exilo. Al pie del avión estaba esperándola, con un gran ramo de flores, Jaime Salinas, por entonces Director General del Libro. Seguramente muchos de ustedes recuerdan las imágenes que se pudieron ver ese día en los telediarios que nos mostraban a una María Zambrano, arropada con un elegante abrigo beige, bajando parsimoniosamente las escaleras del avión del brazo del hijo de Pedro Salinas. Fue la propia filósofa quien llamó a este por teléfono para comunicarle su deseo de que fuera a recibirla al aeropuerto, pues nadie mejor que Salinas podía actuar de mediador entre la España que dejó Zambrano en el 39 y la nueva España a la que llegaba, la España de la democracia.

Este feliz regreso fue el punto final de un largo parto que se había ido gestando desde 1981, cuando se le concedió el premio Príncipe de Asturias de las Letras. La autora se mostraba muy reticente a abandonar su exilio, alegando que era su verdadera patria, pues ciertamente era el lugar o, más bien, el no-lugar, en el que más tiempo había vivido. La vuelta a España le asustaba, pues temía no reconocer, ni reconocerse ya en su país, tenía miedo de sentirse una exiliada en su propia patria y eso sería un triste final de viaje para tan largo exilio. Por eso, retrasó todo lo que pudo su retorno. Finalmente, animada por un grupo de jóvenes discípulos, y contando con una ayuda económica estatal que le iba a facilitar unas buenas condiciones de vida en Madrid, la filósofa emprendió el viaje de regreso.

La llegada de Zambrano supuso simbólicamente el fin del exilio intelectual republicano. De hecho, la prensa valoró su retorno en este sentido, pues al ser una de las últimas intelectuales en volver a la península (ya habían regresado Rafael Alberti, Mª Teresa León, José Bergamín, Ramón J. Sender, Rosa Chacel, Maruja Mallo, Francisco Ayala e, incluso los políticos Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo, Jorge Semprún), su regreso suponía el punto y final de la diáspora del 39. Por ello, representó todo un acontecimiento no solo cultural, sino político, ya que históricamente significaba la regularización de una anomalía histórica que suturaba la fractura entre la España peregrina y la España interior y contribuía a la creación de una nueva imagen del país, una nueva España de la transición, del consenso, donde tenían cabida todos los españoles de cualquier signo político y donde debían quedar enterradas las viejas rivalidades de la guerra.

El importante eco que su llegada tuvo en los diferentes periódicos de la época da cuenta no solo de este hito histórico, sino que también puso en evidencia el gran reconocimiento intelectual del que gozaba ya Zambrano en nuestro país a la altura de 1984. Los titulares que pregonaron la noticia hablaban de la "última gran personalidad del exilio", de la

"última gran exiliada". Sin lugar a dudas, la concesión en 1981 del Premio Príncipe de Asturias había contribuido a despertar el interés por su obra hasta tal punto que, a los pocos años de llegar a España le fue reconocida su trayectoria intelectual con el máximo galardón de las Letras españolas, el Premio Cervantes, con el mérito añadido de ser la primera mujer en obtenerlo.

Este reconocimiento institucional fue un espaldarazo definitivo para entrar a formar parte de la pléyade de autores clásicos españoles. A partir de ese momento hasta la fecha de su muerte en febrero de 1991, la presencia de Zambrano en los diferentes medios de divulgación e información cultural fue constante y prolija. Comenzó su colaboración semanal en el suplemento "Culturas" de *Diario 16*, dirigido por Ullán. Algunos de esos artículos formarían parte de obras tan esenciales como son *De la Aurora* (1986), *Algunos lugares de la pintura* (1989), *Notas de un método* (1989) y *los Bienaventurados* (1990). Además se reeditaron casi todos los títulos zambranianos, pues eran inaccesibles para el gran público español[1]. La obra de Zambrano empezó a ser reseñada en las revistas culturales y muchos suplementos dedicaron monográficos a su pensamiento.

Otro hito crucial en la restitución de su figura fue la inauguración en 1987 de su Fundación en Vélez-Málaga, su pueblo natal, que impulsó de una manera notoria los estudios académicos sobre su pensamiento con la convocatoria de Congresos y Jornadas en torno a su figura. A estas alturas, gracias a las ya numerosas tesis e investigaciones en torno a la obra zambraniana, esta labor de recuperación está conseguida y podemos decir, creo que sin equivocarme, que la totalidad o casi la totalidad de textos de Zambrano han sido recuperados. La edición de las *Obras Completas* es el último gran esfuerzo realizado en este sentido que viene a cerrar esta etapa de recuperación.

2. LA VIGENCIA DEL PENSAMIENTO DE ZAMBRANO

Después de todo este recorrido cabe plantearse la pregunta clave que todos ustedes estarán pensando: ¿qué vigencia tiene hoy la obra de la pensadora malagueña? ¿Qué aspectos de su filosofía nos invitan a pensar el momento presente? O, si se quiere, ¿está aún vivo el pensamiento de Zambrano? Por supuesto que sí. Volvemos a ella cuando nos encontramos en un callejón sin salida, cuando andamos buscando una solución para nuestros problemas vitales o históricos. La aproximación a su filosofía no se hace, en muchos casos, desde un punto de vista académico y teórico, sino desde un punto de vista

[1] En 1986 aparecieron *Los intelectuales en el drama de España* y *La tumba de Antígona*; en 1987, *Filosofía y Poesía*, *Hacia un saber sobre el alma* y *El pensamiento vivo de Séneca*; en 1988, *La agonía de Europa*, *Persona y Democracia*, *La confesión, género literario y método*; en 1989 *Deliro y destino*, *La España de Galdós* y *El sueño creador*.

existencial, como seres humanos desvalidos en busca de un remedio a nuestros males. Con Zambrano nos pasa lo que le pasaba a ella misma con el viejo Séneca: se recurre al maestro cuando se padece una crisis histórica o personal en busca de un buen consejo que ayude a disipar las dudas que enturbian el propio camino. Zambrano es la nueva Séneca, es ese pensamiento vivo al que volvemos para encontrarnos, y eso es lo que le da, precisamente, su grandeza y su vigencia.

Hay muchas Zambranos dentro de Zambrano y podría señalar muchos aspectos de su teoría que nos permitirían pensar con María Zambrano o desde María Zambrano el momento actual. Voy a apuntar solamente tres aspectos, de los que solo desarrollaré en extenso el último.

1. En primer lugar, uno de los conceptos que podemos rescatar de esta autora para reflexionar sobre nuestra actualidad es el de "crisis" desarrollado en *La Agonía de Europa*. Como ya señaló Subirats, «Zambrano desarrolla explícitamente una filosofía de la crisis» (Subirats, 95); es más, la autora se inscribe en la Teoría Crítica que cuestiona los fundamentos de la cultura occidental, mostrando sus paradojas y contradicciones, situándose así en la línea de la Escuela de Frankfurt, de Walter Benjamin, Hannah Arendt, de Franz Rosenzweig pasando por Agamben, Nancy o Sloterdiij. Para Zambrano, una crisis transciende las circunstancias políticas y económicas y apunta siempre hacia una dimensión existencial y ética que impide el desenvolvimiento del individuo como sujeto moral y conduce a una completa deshumanización. Con estas palabras define una *crisis*:

> es simplemente, el momento histórico en que todos los que viven envueltos en una misma cultura sienten que ella ha dejado de sostenerles y resguardarles, que ha dejado de corresponder a sus esperanzas (Zambrano, 1949, 30).

Retomando la definición orteguiana de la cultura como un sistema de ideas y creencias, Zambrano considera que una crisis es siempre una crisis de creencias, esto es, de verdades garantes de la existencia del individuo, de verdades que actúan de suelo firme sobre el que edificar la propia vida. En este sentido, apunta la autora:

> Vivir en crisis es, ante todo, vivir en inquietud. [...]. Y decimos únicamente que vivimos en crisis, cuando esta inquietud nos devora sin permitirnos reposo alguno; cuando no nos atrevemos a planear la vida para largos espacios de tiempo como el que tiene ante sí un negro paredón que no puede penetrar; cuando sentimos al mismo tiempo habernos quedado sin porvenir y sin pasado: sin asidero (Zambrano, 1940, 3).

 ISSN 2531-159X

Parece que estas palabras acaban de ser escritas para el momento de incertidumbre que estamos viviendo en el siglo XXI, donde nuestra originaria confianza en lo real estalló al mismo tiempo que lo hicieron los dos aviones contra las Torres Gemelas. Esa imagen del terror se ha instalado en nuestras retinas como icono de nuestros siglo, fundando lo que yo llamaría el "tiempo de la indigencia", marcado por la incertidumbre económica (agudizada con la crisis del 2008), la inseguridad y el miedo, que pone al descubierto nuestra fragilidad y desamparado. Claramente lo expresa la autora:

> Al fallarnos las creencias lo que nos falla es la realidad misma que se nos adentra a través de ellas. La vida se nos vacía de sentido y el mundo, la realidad, se desliza, se hace fantasma de sí misma (Zambrano, 1987, 87).

Esta definición zambraniana de crisis nos invita a pensar en nuestra condición póstuma (Marina Garcés), en un estado de alarma apocalíptico que nos habla del fin de la sociedad del bienestar, del acabamiento de un mundo eufórico del consumo y el progreso tecnológico para enfrentarnos a nuestra finitud. Todo puede cambiar en cualquier momento. Vivimos bajo la sospecha de un posible fin, en un perpetuo estado de alarma. De ahí que podamos hablar de una necropolítica, en lugar de una biopolítica, es decir, de una política de gestión de la muerte (pensemos en la pandemia actual), de una política del acabamiento. Recordemos el "No future" anunciado por los Sex Pistols. Me vienen a la cabeza también esos millones de jóvenes que no encuentran trabajo para forjarse una vida, que viven con inquietud la ausencia de un futuro esperanzado, las miles de familias que han perdido su hogar. Pienso también en esa desconfianza con que miramos al prójimo como un posible terrorista que puede atentar contra nuestra vida o que nos puede incoar el virus mortal, desatando una fobia social. En el otro, en el prójimo está el peligro, la amenaza.

2. En segundo lugar, y relacionado con lo anterior, el análisis que hace Zambrano de las paradojas de la economía liberal expuestas en su primer libro, *Horizonte del liberalismo*, sigue brindando una herramienta para reflexionar sobre las contradicciones del neoliberalismo que pone en cuestión la justicia distributiva del sistema democrático y la sostenibilidad del crecimiento económico, de la sociedad de consumo, y, por supuesto, de la supervivencia de nuestro planeta. Recordemos que en esta primera obra, la autora resaltaba el hecho de que el liberalismo, partiendo de la libertad como el valor supremo de todo ciudadano, lleva aparejado, sin embargo, un sistema económico que fomenta profundas desigualdades sociales. La economía liberal promueve la división de la sociedad en dos clases profundamente distanciadas: por un lado, una minoría –la aristocracia

espiritual– que disfruta de las ventajas de esa libertad, y de otro, una mayoría de trabajadores que, viviendo en condiciones laborales precarias, carga sobre sus espaldas la responsabilidad de mantener la sociedad, sin disfrutar de las conquistas alcanzadas por esta élite económica. Como vemos, la libertad de unos pocos se fundamenta en la esclavitud de la mayoría: «El liberalismo se asienta sobre la esclavitud, y solo sobre ella puede alcanzar su perfección» (Zambrano, 1996, p. 74). Esto nos enfrenta a varios dilemas de nuestro sistema económico. El primero de ellos es la disyuntiva entre atender la defensa de los intereses de una minoría rica o, por el contrario, damos respuesta a las reivindicaciones sociales de una mayor igualdad social para una amplia mayoría que conllevan el riesgo de caer en un populismo. O mucho para pocos o poco para muchos. El segundo dilema consiste en una disyunción entre los objetivos del capital y los de las personas. Dicha disyunción facilita abusos en las prácticas de gestión humana que pone por encima de las personas los intereses gananciales de las organizaciones económicas. El futuro y la viabilidad de nuestra economía y de nuestro medio natural dependerá de la respuesta que demos a este dilema.

3. Los dos puntos anteriores confluyen en un tercer punto esencial: la filosofía de Zambrano nos ofrece, a través de su reflexión antropológica, las claves para comprender el nihilismo que aqueja de raíz a la cultura Occidental. El diagnóstico zambraniano sobre Occidente es bien claro: la soberbia de la razón humana ha conducido al hombre a una inhibición de su sentimiento de participación con todo lo real, que trae como consecuencia el vivir frente a las cosas, alejado de ellas, en un perpetuo exilio del mundo. De ahí que considere la figura del exiliado como el arquetipo por excelencia de la condición humana. A través de su análisis genealógico de este extrañamiento del mundo, la pensadora malagueña nos brinda los conceptos y metáforas necesarias para interpretar no solo nuestra Modernidad, sino toda nuestra tradición judeo-cristiana, marcada, como su nota más distintiva, por la experiencia del éxodo que comienza con la expulsión del Paraíso de Adán y Eva, continua con la diáspora judía, sigue en el siglo XX con millones de deportaciones y desplazamientos, como la Shoah o los Gulags soviéticos y, en el siglo XXI, con los movimientos migratorios de millones de personas que huyen de la guerra, vagando de tierra en tierra en busca de un lugar de amparo. Algunos ni siquiera lo consiguen y sus cuerpos siguen náufragos, perdidos en medio del mar o aparecen varados en la playa para vergüenza de todos nosotros; pienso en los millones de apátridas que no tienen derechos porque carecen de nacionalidad, cuestionando así el concepto de ciudadanía, vinculado al de nación –como bien ha señalado Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*-.

Pero el exilio, para Zambrano, es una experiencia compleja cuya significación no se agota en una mera dimensión autobiográfica o histórica, como acontecimiento determinado por unas concretas circunstancias políticas y sociales, sino que esta dimensión histórica es transcendida por una dimensión metafísica o mística -si se quiere-, en la que el exiliado aparece como símbolo ese sujeto trágico que dibuja en su filosofía, un sujeto en crisis que manifiesta una conciencia negativa de pérdida de todo fundamento, y que expresa la experiencia dolorosa e, incluso, en algunos momentos, agónica, de una exclusión del ser, de una –como diría ella- *heterodoxia cósmica*. En ello coincide con las palabras de Jean-Luc Nancy en "La existencia exiliada":

> Parece, pues, como si hubiera una especie de exilio constitutivo de la existencia moderna, y que el concepto constitutivo de esta existencia fuera él mismo el concepto de un exilio fundamental: un "estar fuera de", un "haber salido de" (Nancy, 2001).

Siguiendo la "Carta sobre el exilio" (1961) y del capítulo tercero de *Los bienaventurados* (1990), voy a trazar brevemente una fenomenología del exiliado, que no se alimenta de una mera reflexión teórica del fenómeno de la diáspora, sino de la propia experiencia desgarradora del exilio de Zambrano. Entre los rasgos que atribuye la autora a esta figura arquetípica destaca, en primer lugar, el sentimiento de total abandono y de orfandad, dado por la falta de un lugar donde enraizar la existencia. Si toda historia, tanto personal como colectiva, necesita un espacio para darse, el exiliado es aquel condenado a la ausencia del lugar:

> Le caracteriza más que nada: no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social, ni político, ni […] ontológico. No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada. […] Haberlo dejado de ser todo para seguir manteniéndose en el punto sin apoyo ninguno (Zambrano, 1990, 36).

El verdadero territorio del exiliado es el "no-lugar", y esa imposibilidad de una patria, esa "u-topía", se transforma, paradójicamente, en su único y posible "topos". No nos ha de extrañar –como ya hemos comentado-, pues, que, en los últimos años de su exilio, Zambrano, al ser interrogada varias veces sobre las razones por las que no regresaba a España, ella siempre contestaba lo mismo: "amo mi exilio" como mi "verdadera patria", y cuando uno descubre su verdadera patria es difícil abandonarla.

Este sentimiento de orfandad y de abandono solo adviene tras haber atravesado varias etapas que se le ofrecen, como exigentes pruebas, a todo aquel que ha tenido que abandonar su suelo natal. Zambrano concibe el exilio, en clave mística, como un rito de

iniciación que ha de ser consumado atravesando varias moradas hasta alcanzar el "exilo logrado". Los dos estadios previos que se debe padecer y las dos figuras que se han de encarnar antes de convertirse en un exiliado son: primero, la del refugiado, que es aquél que todavía no experimenta el sentimiento de abandono, al alimentar la esperanza de una rápida vuelta a su tierra, sufriendo solo por la lejanía física del país perdido; y, en segundo lugar, la del desterrado o transterrado (José Gaos), que tampoco padece la orfandad, al sentirse acogido por un nuevo lugar donde es capaz de volver a enraizarse. En cambio, la condición de exiliado la alcanza solo aquél que ha dado un paso más allá del refugiado y del desterrado, un paso más allá en el abandono, porque es aquél que ya ha perdido toda esperanza del regreso y vive, por ello, en la ausencia no solo de la propia tierra, sino de cualquier tierra. Vive a la intemperie, en el desamparo. Está fuera y en vilo:

> A pique en el borde de su abismo llano, allí donde no hay camino, donde la amenaza de ser devorado por la tierra no se hace sentir tan siquiera, donde nadie le pide ni le llama, extravagante como un ciego sin norte, un ciego que se ha quedado sin vista por no tener adónde ir (Zambrano, 1961, 33).

El exiliado constituye, por tanto, una conciencia dolorosa de la negación, de la imposibilidad de vivir, pero también de la imposibilidad de morir. De ahí, que se encuentre en ese difícil filo entre la vida y la muerte, pues el exiliado es, ante todo, un superviviente, alguien que estaba destinado a morir, pero que fue rechazado por la muerte. Le dejaron con vida, pero

> tan solo y hundido en sí mismo y al par a la intemperie, como uno que está naciendo; naciendo y muriendo al mismo tiempo, mientras sigue la vida. La vida que le dejaron sin que él tuviera culpa de ello; toda la vida y el mundo, pero sin lugar en él, habiendo de vivir sin poder acabar de estar (Zambrano, 1961, 66).

En esta pequeña grieta de espacio entre la vida y la muerte, en este *u-topos*, en este lugar sin lugar, en este vacío es donde se instala el exiliado. Esta toponimia del exilio nos remite siempre a la imposibilidad de la historia, tanto personal como colectiva: sin lugar no hay transcurrir del tiempo. Por ello, el exiliado es aquel que pierde su identidad personal y se asemeja a la figura del "desconocido", caracterizado por la "ausencia de su yo" (Zambrano, 1990, 35). El exiliado es tan solo lo que no puede dejarse de ser, después de todas las renuncias, "para seguir manteniéndose en el punto sin apoyo ninguno" (Zambrano, 1990, 36). Va, poco a poco, desposeyéndose, despersonalizándose; va quedándose desnudo ante los elementos, reducido a su ser esencial, despojado de todo y lejos del horizonte familiar

que actúa siempre de mediador. El exiliado se acerca a la nada, al no-ser, al estado primero de inocencia, después del nacimiento. Y su incesante tarea no es otra que la de verse obligado a renacer, a nacer de nuevo, oficiando el rito de la recreación, de la *vita nouva*. Por ello, su espacio es el "ilimitado desierto", un desierto que ha de interiorizar para preparar el alma a los largos periodos de sequía y ayuno espiritual. Su otra geografía es la isla que él mismo construye en su entorno allá donde va, aun sin darse cuenta, sin poder salvar la distancia que le separa de los otros. Es alguien marcado, estigmatizado.

Ya hemos dicho que el exiliado es desgajado también del acontecer colectivo, es expulsado de la historia. Vive en sus márgenes, embebido en un pasado que está estancado, en un pasado fijo y solidificado, en un "fragmento absoluto" de la historia, que no acaba nunca de pasar. Porque el exiliado está obligado, allá por donde va, a rendir cuentas de lo sucedido en España, está condenado a "repasar" su historia, a ir enumerando, una y otra vez, como un largo rosario, los hechos que ha vivido para ver si puede extraerles algún sentido. Por ello, es un "resto", un "deshecho" de una historia truncada. Está ahí, embobado en su pasado, arrobado en su historia, sin saber muy bien ya las razones de su permanencia en ese filo entre la vida y la muerte. De ahí que el exiliado, según Zambrano, se asemeje a la figura de esos "idiotas" pintados por Velázquez ("El bobo de Coria" o "El niño de Vallecas"), pobres pasmados, que han olvidado el motivo de su presencia, pero que, sin embargo, atesoran, como si fueran figuras sagradas, como bienaventurados, una verdad humilde, la verdad del simple, del bobo. Al igual que esos idiotas que deambulan como extranjeros todo el día sin intención alguna, sin que nada les altere o les turbe, el exiliado vive así en el pasado, sin presente ni horizonte, como un ciego errante, como un Edipo sin lugar y sin realidad. Ha dejado de ser personaje de la historia para devenir en "criatura de la verdad".

Pues el exiliado permanece en su rincón, según Zambrano, para ser visto. Su misión es ser objeto de la mirada. Él es, ante todo, objeto de visión, pues su sola imagen daba cuenta de una historia apócrifa, de una historia olvidada que se quería sepultar. Por ello, su presencia resulta molesta. Es un estorbo, alguien que incomoda por lo que revela, pues nos da cuenta de la existencia de otra España, distinta de la oficial de la península, de una España sin lugar y sin presente. La figura del exiliado actúa, pues, de contradiscurso que deslegitimaba el discurso de la España franquista, de una España que, paradójicamente, tiene lugar, presente, pero no tenía pasado, pues su pasado seguía estancado en el no-lugar del exilio. Esta es la extraña dialéctica entre el exiliado y su "otro", el español de la península: el primero tenía pasado, sin presente, mientras que el segundo estaba condenado a un presente sin pasado. En ambos casos se hace imposible la fluidez histórica:

> Los que en la patria quedaron, crecieron (…), siguen dentro de su sueño; con la realidad, sí, mas una realidad que se les presenta como soñada por desprendida de su ayer, por encerrada en sí misma, por privada de horizonte; horizonte sin realidad (Zambrano, 1961, 69).

La verdadera misión del exiliado no es otra, por tanto, que la de constituirse en una conciencia esclarecedora de la historia que adviene después de haber descendido a los "infiernos" de la misma, después de haberse liberado del dolor y de toda pasión. En esa quietud y sosiego que aparece después del llanto, cuando ya se sabe todo perdido y no hay motivo para la esperanza, ni para la desesperanza, es cuando se alcanza un específico estado de lucidez que es un «saber de experiencia», más emparentado con el «delirio», con esa «revelación» de las entrañas, que con la claridad cartesiana. En este estado de nadificación y desasimiento, de renuncia en la que vive el exiliado es cuando se alcanza la sabiduría del "claro del bosque".

Creo que ese es el gran legado de Zambrano: esta fenomenología del exiliado bien podría ser tomada como las categorías de toda vida humana y nos sirve para pensar nuestra propia indigencia, desamparo y vulnerabilidad presente, como seres errabundos que hemos perdido la confianza en la realidad y que buscamos, como peregrinos, un trozo de tierra firme, como diría Rilke.

3. UN NUEVO MÉTODO: DESPERTAR NACIENDO

María Zambrano nos legó esta experiencia de la penuria y de la renuncia como reflexión sobre la condición humana, pero hizo todavía algo más: nos mostró el camino o método para superar este exilio ontológico. La razón poética no es otra cosa que el método del regreso, del retorno al ser. Por ello, su pensamiento no tiene un carácter teorético, sino que es ante todo una "forma de vida", una razón práctica que nos conmina a una transformación interior, a un "cuidado de sí mismo", como defendía el último Foucault, aprendido de las viejas escuelas morales de la Antigüedad, donde la persona se dirigía a sí misma para asistirse, para ocuparse de sí y de lo otros. Quizás no haya nada más revolucionario hoy en día que este cuidado de uno mismo y de los otros, frente al individualismo capitalista.

Este método zambraniano, contrario al método cartesiano, tiene como objetivo el descubrimiento de nuestro ser esencial, pues la situación inicial de todo hombre es de ocultamiento y de opacidad respecto de su propio ser: "el hombre es un ser escondido en sí mismo". Este ocultamiento se produce en el mismo momento en el que inicia su

existencia y se construye un personaje (un yo), cayendo en el olvido de ese estado anterior, previo a su nacimiento, una especie de "vida pre-existente" en la que se encontraba en comunión y participación con la Unidad primordial. Este Uno es el principio y fundamento de la realidad, es un Absoluto dador del ser de todas las cosas, "lugar primero que parece sea como un agua donde el ser germina, al que no se puede llamar naturaleza, sino quizás simplemente lugar de vida". Vemos, pues, como esta ontología zambraniana es deudora de la ontología gnóstica y neoplatónica que tanta influencia tuvo, posteriormente, en San Agustín y en toda la mística cristiana.

Según Zambrano, el existente, a pesar de haber perdido esta vida pre-natal, recuerda y siente en sí la huella de este origen, bajo la forma de un sentimiento que nombra como "Amor preexistente", que le hace padecer la enfermedad del Uno, la enfermedad de la escisión. El individuo experimenta su existencia, pues, como un desgarro de esta matriz ontológica, como un exilio de la "fuente de la Vida". Por eso, dirá Zambrano que el hombre es aquel ser que "padece su propia trascendencia", que siente la ausencia del Absoluto y será este sentimiento de pérdida, el que le hace ir en busca de un lugar marcado por la ausencia.

El amor, en tanto sentir originario de esta fuente de vida, nos conmina a atender la llamada de nuestro ser oculto que clama por salir de su nido. Esto es a lo que la filósofa denomina "despertar" que no es otra cosa que la revelación de nuestro ser esencial que nos conecta con el fondo sagrado de lo real. El amor, como agente divino en el hombre, será el encargado de dicha revelación, al actuar como una luz o fuego iluminador de nuestras entrañas que logra un espacio de visibilidad para la mostración o presencia de nuestro ser. Es un "sentir iluminante", un "sentir que es directamente conocimiento sin mediación alguna", "conocimiento puro, que nace en la intimidad del ser", nos dice en *Claros* la autora. Es la "llama de amor viva" de la que hablaba San Juan de la Cruz

Frente a la llamada de nuestro ser esencial y del Absoluto, el hombre tiene dos opciones: olvidarla y hacer caso omiso de la misma para construir un Yo en solitario, con el esfuerzo de su voluntad y de su acción (sujeto faústico de Goethe: en el principio era la acción); o por el contrario, responder a su requerimiento y, siéndole fiel, ir rescatando de la oscuridad de la entraña su ser que le reconducirá, a su vez, hacia la unidad. Dos caminos, por tanto, se le ofrecen al viviente: "despertar existiendo" o "despertar naciendo".

El primero, "despertar existiendo", supone, para la autora, un camino erróneo, pues cifra en la razón el conocimiento de nuestro ser velado. Es el camino seguido por toda la filosofía que utiliza como estrategia para desentrañarlo el método dialéctico, el arte de las preguntas, y, sobre todo, de la pregunta de las preguntas, la pregunta por el ser que da

inicio a la Metafísica. Responder a este interrogante será el cometido principal del saber filosófico que considera a la verdad como una "conquista", simbolizada por ese arduo ascenso del esclavo liberado hacia el mundo de arriba, relatado por Platón en el célebre mito de la caverna. Este esfuerzo consiste en reducir la heterogeneidad de lo real a lo homogeneidad del espacio racional. Este es el modo de actuar de la razón de esta tradición filosófica, una razón violenta e impositiva que no busca saber tratar con la realidad, con lo diferente del sujeto, sino anularlo, reduciéndolo a las categorías cognoscitivas del sujeto.

Zambrano realiza una crítica radical del método de conocimiento seguido por buena parte de la tradición filosófica. Achaca al reduccionismo operado por la razón la inhibición del sentir originario que nos enlaza con la Totalidad. La autora insiste en la violencia de la filosofía como un saber que, en lugar de mantener al sujeto religado a lo real, lleva a cabo la tarea contraria: la fractura con las cosas, la escisión de la unidad originaria y de uno mismo. La filosofía es, de este modo, «un éxtasis fracasado por un desgarramiento» que nos aparta de la admiración primera, del estupor y de la extrañeza ante las cosas de la que hablaba Aristóteles al comienzo de su *Metafísica*. Esta actitud violenta no es propia de determinadas corrientes filosóficas, sino que se erige en principio constitutivo y seña de identidad de la disciplina filosófica, cuya acción ha sido siempre universalizar, abstraer, homogeneizar, aunque, bien es cierto, que con la "Metafísica de la Creación", auspiciada por el Idealismo, esta actitud se ha extremado. El diagnóstico zambraniano sobre pensamiento occidental es durísimo: la soberbia de la razón filosófica reprime el Amor preexistente y provoca un hermetismo del espacio interior que hace imposible el advenimiento de la verdad. La claridad de la razón (clarté cartesiana) no nos permite un conocimiento de nosotros mismos, porque actúa como una luz cegadora que retrotrae a nuestro ser escondido de nuevo a la oscuridad de las entrañas, enajenándonos todavía más.

Frente a este camino de la razón filosófica, Zambrano nos invita a transitar otro camino, el camino de la razón poética, el único que nos va permitir "despertar naciendo". La autora se convierte en la "guía" de este camino, indicando los pasos que debemos ir dando para retornar a nuestra matriz ontológica. De hecho, una obra como *Claros del bosque* puede ser considerada como una guía espiritual que, siguiendo el modelo de la de Maimónides o la de Miguel de Molinos –sus referentes más inmediatos– nos muestra la senda para lograr una "vita nova", una metamorfosis interior que nos haga capaces de crear un espacio de visibilidad de nosotros mismos. Toda guía se caracteriza por ser "camino de vida" (Zambrano, 1987, 59) y un "saber de salvación" -tal y como la define Zambrano en un texto consagrado a este peculiar género filosófico-. Es "la razón en su forma medicinal, en su

forma extrema misericordiosa" que ayuda al individuo a la revelación de sí mismo (Zambrano, 1987, 65).

Inspirado claramente en la experiencia mística, el método de la razón poética nos propone realizar un doble proceso de transformación interior: en primer lugar, un desapego del propio yo (del ego), de ese personaje con el que nos disfrazamos a lo largo de nuestra vida (vía purgativa) para crear un claro en nuestra alma, un centro desbrozado, que permita el advenimiento de la luz que ilumine nuestro ser esencial, atreviéndose a mostrarse:

> Sin desnudez no hay renacer posible; sin despojarse o ser despojado de toda vestidura, sin quedarse sin dosel, y aun sin techo, sin sentir la vida toda como no pudo ser sentida en el primer nacimiento; sin cobijo, sin apoyo, sin punto de referencia (Zambrano, 2011,155).

Paradójicamente, hay que perderse para encontrarse, abandonarse para ganarse. El *a priori* de esta *quête* espiritual es un desasimiento, una entrega voluntaria de nuestro yo. El hombre tiene que exiliarse de sí mismo para dejar sitio en su interior a la alteridad anhelada. Por ello, el claro es un lugar vacío, un no-lugar, un centro que nos remite a un aislamiento del sujeto de sus circunstancias, a un hueco hecho en la continuidad de la conciencia y en la linealidad del tiempo donde se da el acontecimiento del encuentro entre el ser y la vida. En esta nueva visibilidad "el pensamiento y el sentir se identifican sin que sea a costa de que se pierdan el uno en el otro o de que se anulen". Es una forma inédita de visión que Zambrano califica como "lugar de conocimiento y de vida sin distinción".

Por supuesto que no podemos obviar el parentesco que guarda este concepto zambraniano con la *lichtung* heideggeriana[2]. Heidegger reclamaba también como la tarea principal reservada al pensar la de prestar atención al acontecimiento que tiene lugar en el "claro de lo abierto", espacio en el que se da la "posibilidad de todo aparecer, aquella posibilidad, en una palabra, en que adviene el reino mismo de la presencia" (Heidegger, 146), en la que el ser se hace presente al hombre al salir de su estado de ocultación. La *lichtung* nos señala hacia un lugar del bosque despejado de árboles, un espacio libre apto para la visión y para la recepción de la luz. Luego es un espacio que no crea la luz, sino que la antecede como su a priori, como su condición de posibilidad. El estado de no encubrimiento que se consigue en el claro "permite al ser y al pensar advenir a su presencia uno a otro y uno para otro", comenta Heidegger (Heidegger, 146). Por ello, la

[2] Para un estudio en profundidad de la relación entre Zambrano y Heidegger, véase Maillard, 140-146) y Bundgaard,415-423).

lichtung "es el asilo en cuyo seno encuentra su sitio el acorde de ambos en la unidad de lo Mismo" (Heidegger, 146).

Tanto Zambrano como Heidegger consideran que la verdad es donación gratuita que se le ofrece a aquél que ha sabido dibujar en su interior este centro como espacio de la receptividad. Es un don que no hay que buscar. "A los claros del bosque no se va, como en verdad tampoco va a las aulas el buen estudiante, a preguntar", nos dice Zambrano. En esto también se distancia la filósofa de su maestro, en tanto que, para Ortega, la verdad es siempre desvelamiento[3] (alétheia) y no revelación, como lo es para Zambrano. La verdad no es conquista, sino advenimiento que se ofrece "a quien renunció a toda vanidad y no se ahincó soberbiamente en llegar a poseer por fuerza lo que es inagotable" (Zambrano, 1971, 295); a éste, continúa Zambrano, "la realidad le sale al encuentro y su verdad no será nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es *alezeia*, sino revelación graciosa y gratuita" (Zambrano, 1971, 295).

La luz de la verdad que recibimos en el claro, y en ello coincide también con Heidegger, es una luz tenue, una "aurora" que al mismo tiempo que nos permite conocer nuestro ser oculto, lo resguarda en una cierta penumbra. Es una luz humilde y misericordiosa que ilumina sin deslumbrar, y que al par que revela, oculta, protege al ser; chispa, fulgor donde "todo es alusión y todo es oblicuo". Por ello, el claro es un espacio de luz y de sombras o, como dice Heidegger, "la *lichtung* es el claro o lugar despejado para la presencia y para la ausencia" (Heidegger, 143).

La tarea reservada al pensar que proponen ambos autores es, por ello, un "saber de oído" –en términos zambranianos- o un "estar a la escucha" –en términos heideggerianos- esto es, un saber que apunta hacia una contemplación o receptividad pasiva donde se da el germinar lento de la verdad. Solo en la quietud silenciosa, el corazón espera, resistiendo al dolor, la llegada de esta aurora que transparenta al ser.

El segundo momento de esta transformación interior consiste en la acción de transcender, es decir, de un salir de sí para ir al encuentro de la verdad (vía iluminativa). El alma, olvidada de sí, ha de partir de vuelo, abandonando su prisión para conducirse hacia otra zona de la vida donde le espera el Absoluto que lo está llamando. Esta zona se sitúa en un lugar intermedio entre la vida y la muerte. San Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esta vida inmediata en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas" (Zambrano, 1975, 192).

[3] "Es la filosofía un gigantesco afán de superficialidad, quiero decir, de traer a la superficie y tornar patente, claro, perogrullesco si es posible, lo que estaba subterráneo, misterioso y latente. Detesta el misterio y los gestos melodramáticos del iniciado, del mistagogo", (Ortega y Gasset, 91). Sobre la relación entre las filosofías de Ortega y Zambrano, véase (Gómez Blesa, 207-217).

En este reino es donde se logra, por fin, la sincronización entre el "propio ser vacilante y desprovisto, con el ser simple y Uno". Cuando esto acontece se alcanza "esa paz que proviene de sentirse al descubierto y en sí mismo, sin irse a enfrentar con nada y sin andar con la existencia a cuestas". Se adquiere una ligereza que nos libera de la carga de nuestro yo, al sentirnos sustentados por la fuente de la vida.

Sin embargo, estos momentos de plenitud duran solo un instante para desaparecer, dejando la huella de un "orden remoto" que nos atrae como una órbita que invita a ser recorrida. Se nos presenta, pues, nuestro ser en ese juego de claroscuro que es el transparentarse a la par que esconderse, revelando así la ambigüedad como una categoría esencial del ser humano: «Encuentra el hombre su ser –dice Zambrano–, mas se encuentra con él como un extraño; se le manifiesta y se le oculta; se le desvanece y se le impone; le conmina y exige» (Zambrano, 1986, 52). Por eso, el "amigo del bosque" va de claro en claro, de centro en centro, como va el estudiante de "aula en aula", en una absoluta discontinuidad, que es la "imagen fiel del vivir mismo, del propio pensamiento". Esta es la extraña naturaleza del ser humano: un alternar momentos de plenitud con momentos de soledad y de abandono, sin acabar de nacer del todo, sin dejar de estar siempre en vías de nacimiento.

OBRAS CITADAS

Bundgaard, Ana. *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*. Trotta, 2000.

Gómez Blesa, Mercedes. "De la razón vital a la razón poética", en *El primado de la vida (Cultura, estética y política en José Ortega y Gasset)*. Servicios de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, pp. 207-217.

Heidegger, Martin. "El final de la filosofía y la tarea del pensar", *Kierkegaard vivo*. Alianza Editorial, 1980.

Maillard, Chantal. *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*. Anthropos, 1992.

Nancy, Jean-Luc, y "La existencia exiliada". Revista de Estudios Sociales, vol., nº. 8, 2001, págs. 0. Redalyc, https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81500813.

Ortega y Gasset, José. *¿Qué es filosofía?*. Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1985.- **Subirats**, Eduardo. «Intermedio sobre filosofía y poesía», *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura* (Barcelona), 1987, n.º 70-71, p. 95.

Zambrano, María. "Carta sobre el exilio", *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura* (París), nº 49, junio de 1961.

Zambrano, María. *Claros del bosque*, ed. Mercedes Gómez Blesa. Cátedra. Letras Hispánicas, 2011.

Zambrano, María. *El sueño creador*. Turner, 1986.

Zambrano, María. *Horizonte del liberalismo*. Ediciones Morata, 1996, p. 74.

Zambrano, María. «La crisis de la cultura de Occidente», *Cuadernos de la Universidad del Aire* (La Habana), 1949, febrero, p. 30.

Zambrano, María. "La Guía, forma del pensamiento", en *Hacia un saber sobre el alma.* Alianza Editorial, 1987.

Zambrano, María. "La vida en crisis", en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 87.

Zambrano, María. *Los bienaventurados*. Siruela, 1990, p. 36.

Zambrano, María. *Pensamiento y poesía en la vida española. Obras Reunidas*. Aguilar, 1971.

Zambrano, María. "San Juan de la Cruz (De la noche oscura a la más clara mística)". *Ínsula* (Madrid), nº 338, enero de 1975, p. 192.

Zambrano, María. "Tres momentos de crisis", 29 de diciembre de 1940, p. 3.